


Silvana De Mari

El Caballero de Luz

HANIA

Traducción del italiano de
Ana Romeral

 Siruela

Las Tres Edades

Índice

1 El Rey Mago	11
2 Haxen	22
3 Hania	27
4 Un caballero no se rinde nunca	39
5 Como una muñeca	52
6 Una criatura con forma de recién nacido	66
7 Descubrimientos	74
8 Un largo camino lleno de cosas	83
9 De viaje	91
10 Ratas, carrizos, gorriones y otros bichos	100
11 La flauta mágica	117
12 La taberna	126
13 El guerrero	134
14 Supervivencia	139
15 Un hombre, una mujer, una niña	144
16 Limpieza, mandrágora, saliva de bruja	153
17 Kaam, la ciudad de las especias	158
18 La trampa	165
19 Reglas de honor	183

20	El último tramo del viaje	192
21	Reina contra alfil	203
22	Caballo blanco contra rey negro	209
23	Jaque al rey	221
24	El Caballero de Luz	225

*A todos aquellos
que se han atrevido
a recitar una historia diferente
a la que para ellos
se había escrito.*

El Rey Mago

Las últimas estrellas resplandecían gélidas encima de la torre. El frío era absoluto, la escarcha atería el mundo, el alma del viejo mago estaba congelada por el espanto. Y mientras todo esto sucedía, el mago percibía el sosegado ronquido del paje que dormía como un bendito junto a las ascuas de la chimenea, en la habitación del interior de la torre.

Incluso en aquel momento de dolor, la mente del viejo mago se distrajo en pensar cómo la estupidez era una protección ante el sufrimiento, una especie de almohadón de plumas que acogía el sueño de los necios. Después, su mente volvió a la maléfica realidad de aquel instante.

Un enjambre cruel de horribles meteoros rojizos había aguijoneado el cielo durante toda la noche. Los búhos se habían callado, las lechuzas habían enmudecido, las luciérnagas ya no brillaban porque habían muerto por la helada inaudita de aquella noche de mediados de verano.

Un horror profundo, un frío atroz que entraba por los ojos y llegaba hasta el alma, había penetrado en las criaturas que se habían atrevido a posar su mirada sobre aquel evento terrorífico. Un dolor insoportable, una

desesperación ilimitada había herido a aquellos que se habían atrevido a querer saber; mientras que había perdonado a aquellos otros que se habían quedado roncando.

El viejo mago se había dado cuenta de que la trayectoria trazada por los meteoros formaba letras, runas de una lengua ya desaparecida; y sus ojos, al tratar de descifrar el mensaje, se habían llenado de un horror que llegaba al alma para corromperla y al corazón para destruirlo. El viejo mago había quedado aniquilado.

Con las primeras luces de la aurora, los meteoros habían disminuido hasta desaparecer. La pesadilla había terminado. Una paz ficticia podía, por fin, envolver el mundo.

El viejo mago no estaba seguro de poder tenerse todavía en pie. Los ojos le escocían, tenía la boca seca, la frente ardiendo.

El viejo mago estaba desesperado.

Los astros se habían alineado, las galaxias habían usado todo su ciego y obtuso poder para que aquel oscuro y obscuro milagro se cumpliera: miles de luces malignas habían portado el mensaje. La distancia las había hecho minúsculas, pero no menos horrorosas.

El mago buscó la jarra de agua que descansaba en el suelo de una esquina de la torre y procuró verter su contenido en la palma de su mano. A lo mejor el agua podría aún salvarle la vida. Después sería demasiado tarde, nada podría detener su inminente muerte. Pero la jarra solo contenía cucarachas, gordos gusanos blancuzcos, escolopendras, podredumbre. El mago la soltó horrorizado, la vio caer y hacerse añicos. Los gusanos se esparcieron por el suelo de arcilla, para después disolverse en un humo denso e inmundado. Al viejo mago le pareció oír, perdida a lo lejos, una gélida carcajada.

Aquel último, innoble e indecente prodigio lo condenaba a muerte. El único antídoto, el agua, le había sido

denegado. Los pocos minutos que le separaban del pozo eran demasiados.

Era el fin, la confirmación última —si todavía hacía falta una, si todavía en un acceso de ingenuidad se hubiese permitido dudarlo— de que el Señor Oscuro existía y estaba completando su plan para condenar al mundo.

El viejo mago se tambaleó. Había sido rey en su juventud; había logrado con su sabiduría hacerse con el trono vacante del reino; y lo había defendido con una larga guerra de los países más amenazadores, naciones bastante más grandes que lo rodeaban por todas partes.

Seis de sus hijos habían fallecido en aquella guerra infinita. La guerra de la Peste, la habían llamado; ya que no solo los ejércitos, sino también la enfermedad, habían hecho estragos junto al hambre y la muerte.

Había cavado seis tumbas, siete con la de su esposa muerta de dolor, y había hecho grabar las lápidas. Todos habían tenido que ir a la guerra en cuanto fueron capaces de sujetar un arma, antes de disfrutar de la felicidad del tálamo y de la descendencia. Se habían convertido en polvo sin dejar en el mundo nada más que su recuerdo.

Su séptimo hijo, el único superviviente de aquellos años horribles, el más espléndido de los príncipes que su pequeño reino jamás hubiese tenido, había alcanzado la victoria.

El Rey Mago había abdicado. Que su hijo reinase en su lugar, ya que era un rey más grande que él. Si él había sido el Rey Mago, su hijo era el Rey Caballero. Las reglas de honor llenaban su alma y eran su guía: el coraje, la generosidad, la compasión, la protección a los menos afortunados o a cualquiera que pudiese necesitarle.

Su hijo había reinado durante veinte años. Sus años de gobierno habían sido los mejores del reino, los más prósperos; hasta el tremendo día en que murió víctima del misterioso ataque de unos tigres blancos.

A su muerte, sus terribles vecinos habían vuelto a atacar y ellos habían vuelto a repelerlos; y esta había sido la guerra de los Dos Inviernos.

Siguieron años de paz, pero ahora el mundo había vuelto a hundirse en el caos.

Las naciones que los rodeaban eran cada vez más amenazadoras, y la noble estirpe de los traidores había comenzado también a echar raíces en su pequeño reino. La justicia se destemplaba en la distancia; en las tierras más meridionales se perdían las leyes, desobedecidas y olvidadas bajo capas de polvo y telarañas.

Durante su reinado, su hijo había tomado por esposa a una joven princesa: Liria. Todos habían esperado que el joven tuviese una nidada de hijos; pero solo tuvo una hija, Haxen, fruto de un embarazo tardío, difícil y demasiado corto. Ningún heredero varón. Y Haxen era joven, tenía diecinueve años; además estaba sola, sin un esposo a su lado. Todavía no había aparecido un hombre que valiese tanto como ella, que fuese digno de tomarla por esposa y la ayudase a reinar.

El viejo mago sintió más que nunca la ausencia de su hijo, no solo porque ya no estuviese y la nostalgia lo sacudiera, lo turbara; sino porque en aquel momento hacía falta un hombre de honor, un hombre joven que tomase decisiones. Pero ese hombre no existía, de modo que le tocaba decidir a él.

Decidir qué hacer después de aquella noche horrible. Tenía que dar la voz de alarma, tenía que avisar.



El mago logró bajar tambaleándose por la estrecha escalera de caracol que se retorcía alrededor de la torre. Se cayó, rodó, se levantó. Se hizo sangre en la cara, las rodillas y los codos. Era viejo y se estaba muriendo. Mirar los me-

teoros había destrozado su corazón, que ahora emitía sus últimos e irregulares latidos.

Alcanzó la base de la torre, empujó la puerta de madera y entró en la gran sala. La chimenea desprendía aún algo de calor. En el suelo dormía el paje.

Protegido por los muros, por su jubilosa edad, por un sueño tan profundo e infinito como su abismal estupidez, el paje roncaba feliz como un lirón y sereno como un pinzón mientras se declaraba el inminente fin del mundo.

El mago tenía que despertarlo. Con mucho gusto lo habría hecho a patadas: le exasperaba su sueño tranquilo mientras el mundo se precipitaba por el abismo. Por un instante, le pareció odiar más al paje que al Demonio Oscuro que quería encadenar el mundo a la oscuridad y al dolor. Le habría despertado para decirle que cogiese su caballo y fuera corriendo, sin detenerse, a avisar a todos. El oprobio estaba hecho.

Aquella noche el Señor de las Tinieblas había engendrado un hijo en el vientre de una mujer.

El mundo podría ser destruido por aquella criatura. Habría sequías, y un calor abrasador haría que todo fuera aridez y muerte. Llegaría la carestía, y con ella el hambre y la guerra; porque los pueblos, cuando el trigo escaseaba, se lo disputaban con las armas. Nubes de moscas se apoyarían sobre los muertos y con su vuelo se alzarían las negras alas de las epidemias. El Señor de los Abismos intentaría un nuevo ataque contra el mundo para someterlo, como ya había hecho en otras ocasiones en las que el valor de los hombres lo había detenido y obligado a retirarse. El valor de los hombres y su unión: habían luchado juntos, sus espadas se habían entrecruzado con los ejércitos de ogros y troles y demonios. La sangre había bañado la tierra. El lamento de las viudas y los huérfanos había envuelto la tierra como un paño fúnebre de niebla, pero los ejércitos del Demonio de los Abismos siempre habían sido

repelidos. Ahora él golpearía un mundo dividido y empobrecido, una humanidad ya herida. Esta vez ganaría.

Pero había algo que no estaba claro. El viejo mago se detuvo. Tenía que pensar. No tenía tiempo, se estaba muriendo; pero aun así tenía que pensar, no podía equivocarse. Le asaltó una duda.

La pregunta era: ¿por qué el Señor Oscuro habría creado los meteoros rojos, dando a conocer sus maquinaciones y sus intenciones, si con ello podía poner en peligro su vida? No era una duda tan absurda. Cuando se urden oscuras tramas para descarriar el mundo, una estrategia esencial es mantenerlas en secreto. Sin embargo, él había tenido la posibilidad de acceder a la mente del Señor Maligno. Perdería su vida después de una noche de agonía por haber accedido a ella, es verdad; pero, en cualquier caso, aquello seguía sin tener sentido. Quizá, como decían las comadres en las cocinas, el Señor Oscuro hacía las ollas pero no las tapas, y a su magia le faltaba siempre algo; quizá era muy astuto pero en el fondo estúpido, ya que astucia e inteligencia no se parecen en nada, y su astucia nunca era completa.

Finalmente, el viejo mago lo entendió.

El Señor Oscuro quería que se supiera la noticia. Lo había hecho adrede. Se desencadenaría la crueldad. Al conocerse que un hijo del Demonio de la Oscuridad, un monstruo con forma de niño, había sido concebido, comenzaría la persecución de los niños. Si la noticia se propagaba, es posible que muchos niños nacidos en los próximos nueve meses fueran masacrados en medio de aquella situación de pánico. Entonces serían vengados por sus familias: más muerte, más odio. Sería la peor de las guerras posibles, sería una guerra total. Todos contra todos.

El viejo mago tenía que dar la voz de alarma y, al mismo tiempo, mantenerlo en secreto. Si la noticia se propagaba, el desastre estaría servido.

Este era el plan del Señor Oscuro: o dejaban vivir al monstruo que él había engendrado hasta que los destruyera, o la muerte de niños inocentes caería sobre sus conciencias, perdiendo así sus propias almas.

El Señor Oscuro quería ponerles entre la espada y la pared: perderían su mundo o su alma.

Tenía que encontrar una tercera solución. En el momento más difícil sabía que había dado con algo, había sonsacado la última información fundamental: el recién nacido podría tener en la muñeca izquierda, grabada como una quemadura hecha con un hierro incandescente, la imagen rojiza de los obscenos meteoros. No estaba seguro, era una posibilidad; pero de ser así, todo se salvaría.

Tenía que escribir a la reina Liria, tenía que avisarla. Sí, eso era lo correcto, solo a ella. Ella sabría qué hacer.

Pero solo a ella, para que con su sabiduría y su valor buscara al recién nacido, interrogando a las madres sobre una concepción extraña, absurda, fuera de toda regla, ocurrida aquella noche. Y no era correcto decir «recién nacido», porque en realidad sería una criatura horrorosa, un monstruo, una fiera maligna con forma de niño. ¿Tendría el valor la reina Liria de matar a un recién nacido o a una criatura con forma de recién nacido? ¿Tendría él ese valor? Su nuera era una mujer fuerte y dulce. Su vida quedaría condenada.

El mago volvió a sentir, como una herida abierta, la muerte de su hijo, el Rey Caballero.

Si él estuviera, si siguiese vivo... En aquel momento los «si» no podían salvar el mundo.

Si al menos su hijo hubiese tenido otros descendientes aparte de su nieta, la princesa Haxen.

Si al menos su nieta, la princesa Haxen, hubiese tenido un esposo, ¡un esposo digno de ella y que supiera seguir los pasos de su padre!

Volvía a caer en los «si».

Tenía que salvar el mundo y solo contaba con la viuda de su hijo, que era una mujer fuerte e inteligente. Tenía que basarse en esto. Y en sí mismo, en su capacidad para avisarla.

La primera idea que se le había ocurrido —despertar al paje que tenía a sus endebles órdenes de anciano para realizar pequeños encargos y contarle todo para que él se lo refiriese a la reina— no era adecuada, era demasiado atrevida. Afortunadamente, se había dado cuenta a tiempo. El paje habría hablado, se lo habría dicho a la cocinera del palacio real, que era su prima segunda; que a su vez se lo habría dicho al agente forestal, que era su cuñado; que se lo habría dicho a su suegro, el herrero. La matanza se habría desencadenado porque en un giro de luna la historia la conocerían hasta las piedras.

El viejo Rey Mago se arrastró hasta su escritorio, último vestigio de un antiguo lujo en la austera torre donde se había retirado. Encontró la pluma de oca con la que escribía; logró quitar la tapa y verter la tinta en el tintero con un esfuerzo que le arrancó un gemido y que casi hizo que se desmayase; desenrolló un pergamino. Con ojos empañados y manos temblorosas, escribió su última carta. Un dolor en el pecho le sacudía y se hacía cada vez más fuerte. Su corazón estaba a punto de detenerse, su corazón estaba a punto de romperse.



Mi querida nuera, esposa amada de mi amado hijo:
Esta noche ha ocurrido un maleficio, un maleficio inno-
ble, un maleficio terrible. El Señor Oscuro, que siempre
teje tramas para causar nuestra perdición, ha movilizad
a las fuerzas del mal para lograr un obsceno milagro: un
hijo suyo ha sido engendrado en el vientre de una mujer
de nuestro reino.

Un hijo suyo, que será inevitablemente un agente del mal y, por tanto, buscará nuestra perdición. Su presencia ahogará en dolor cada esperanza de alegría o de dignidad.

Poniendo en riesgo mi vida, que en este momento se está acabando, me ha parecido ver que la criatura engendrada llevará la imagen de un meteoro rojizo como grabada con hierro incandescente en su muñeca izquierda.

Esta criatura tendrá aspecto humano, pero no será un niño; será más bien una emanación del Señor Oscuro y, por tanto, no debe vivir.

Sé lo que os estoy pidiendo. Por favor, haced que mi muerte no sea en vano. Nadie, solo vos y mi querida nieta, debe enterarse de esto; si no, el terror y la ira se desencadenarán.

Yo la bendigo.

El viejo mago, que había sido rey, estampó su firma. Luego enrolló el pergamino y derritió el lacre, que bajó majestuoso y lento prometiéndole secretismo y silencio. Por último, el anillo convirtió el lacre en sello.

Finalmente, despertó al paje.

—Lleva esto a la reina —le susurró.

El otro se puso de pie, se desperezó con calma y luego bostezó. Un lento y largo bostezo.

—¿Qué ocurre, mi señor? —preguntó soñoliento.

—Lleva esto a la reina —repitió el viejo mago con un hilo de voz—. Me estoy muriendo, tú lleva esto a la reina. Ahora.

—¿Voy a buscar ayuda? —preguntó el paje de repente despierto, llegando incluso a parecer por un momento inteligente.

Pero solo por un momento, claro está. Luego volvió a su expresión vagamente bovina, aquella que se podía percibir detrás del acné. Él había sido rey, un rey irascible, a veces impulsivo, en alguna ocasión incluso cruel. ¿Cómo

había hecho para acabar teniendo como único alivio a su soledad al paje con más granos y menos cerebro que jamás hubiese habido en aquel minúsculo reino?

El viejo mago odiaba a aquel paje, siempre lo había odiado. La edad senil le había dotado de cierta timidez, quizá de humana amabilidad; y por eso nunca había pedido que se lo quitaran de encima y que lo sustituyeran por otro un poco más listo y con algún grano menos. Nadie tenía la culpa de tener granos, es verdad, pero ¿era necesario enfrentarse a la muerte con la visión de aquellas manchas rojizas y pruriginosas?

El viejo mago intentó retomar el hilo de su pensamiento sacudiéndose de encima las idioteces.

—La buscarás en el palacio real. La reina me enviará la ayuda necesaria —dijo el mago—. Ve y no te detengas hasta que hayas llegado allí. Por favor, es una orden, mi última orden, quizá la más importante que jamás haya dado.

—Claro, mi señor —murmuró.

Cogió el pergamino y se fue corriendo.

El viejo se arrastró cerca de la chimenea, donde las últimas brasas aún brillaban y a lo mejor calentarían sus huesos helados. Se agazapó en el suelo, se acurrucó.

El dolor del pecho era horroroso.

Había hecho lo correcto.

El mensaje que tendría que salvar el mundo, entregado a un imbécil granujiento, iba en camino. Y llegaría a su destino.

El viejo mago estaba a punto de reunirse con su hijo. Y su hijo le diría que lo había hecho bien, que había hecho lo correcto.

Su hijo no había estado de acuerdo con él en más de una ocasión.

Algunas veces lo había acusado de ser impulsivo; otras de ser cruel; otras de estar demasiado sujeto a su manía

de dividir la humanidad en «altos» y «bajos», ya que un corazón indigno puede nacer en nobles palacios y un corazón valioso puede encontrarse en un cuerpo deforme cubierto por miserables harapos.

Pero esta vez su hijo le diría que lo había hecho bien. También por haberse quedado sin protestar con el imbécil granujiento: lo había hecho bien. Su hijo lo habría aprobado. Por eso, ahora se daba cuenta, se había quedado al paje.

Podía morir en paz. Estaba a punto de reunirse con ellos. Con todos. Con los siete. Con su esposa. Estarían todos juntos, en praderas infinitas, bajo cielos inmensos.

Lo había hecho bien.

Podía morir en paz.